

Enrique Molina

Alejandro Venegas

(Dr. J. Valdés Cange)

I

El primer curso del Instituto Pedagógico



CONOCI a Alejandro Venegas en el primer curso del Instituto Pedagógico, del cual los dos formamos parte. El estudiaba Francés y yo Historia y Geografía, ramos en que nos recibimos de Profesores de Estado. Desde entonces nuestra amistad fué inquebrantable hasta su muerte.

El Instituto Pedagógico abrió por primera vez sus puertas en agosto de 1889 en una vieja casona de la llamada hasta hace poco Alameda de las Delicias. Estaba situado entre San Ignacio y Lord Cochrane que por aquellos años llevaba el nombre de Duarte, y más cerca de esta última calle. Era de dos pisos y con balcón corrido, como se ven todavía en los campos y en muchos pueblos pequeños del sur. Tenía tres patios

empedrados, fuera del patio de la cocina, y con corredores por algunos de sus costados.

La casa era grande, como que tenía capacidad para las oficinas y todas las clases del Instituto y para el internado que funcionó durante el primer curso.

De qué bellos espectáculos solíamos disfrutar desde el balcón de la calle. Recuerdo particularmente muchas tardes de otoño y de principios de primavera en que la atmósfera transparente y clara, los árboles de la alameda y, al oriente, la cordillera cubierta de nieve ofrecían magníficos cuadros. Después de la contemplación de las playas de La Serena, éstas fueron una de las primeras ocasiones en que se me reveló el encanto de la belleza natural.

El primer curso lo componíamos unos treinta alumnos internos. Qué internado y qué curso más pintoresco. Vivíamos con la libertad que se tiene en una casa de pensión. Podíamos salir y entrar a toda hora sin más limitación que la de recogerlos a las seis de la tarde, limitación muy fácil de transgredir con una pequeña propina al portero que nunca pasaba de un peso. A tan poco costo se gozaba de la libertad de ir al teatro y hasta la de llegar a altas horas de la noche. La comida era generalmente buena lo cual no obstaba a que con frecuencia protestáramos de ella. Y pensar que esto ocurría siendo que, además de educación, casa y comida gratis, nos daban en las vacaciones pasajes de primera clase en trenes y vapores de ida y vuelta

a nuestras casas, y veinticinco pesos mensuales para el bolsillo.

La red de estos halagos y de los nuevos horizontes ofrecidos con la profesión del profesorado, que se iba a organizar seriamente, reunieron en el flamante establecimiento una población estudiantil bastante heterogénea. No faltaron los bachilleres fracasados. Alguno abandonó la administración de un hotel que tenía a su cargo en la frontera; otro rescindió un contrato que había celebrado en Llanquihue o Chiloé para entregar cierta cantidad de rajas de leña, otro salió de los socavones de una mina del norte. Pero la mayor parte la formábamos actuales estudiantes universitarios de la Escuela de Derecho o bachilleres recién recibidos.

Fuera de las expansiones relacionados con las escapadas nocturnas de que hemos hablado y algunas de las cuales iban acompañadas de desastrosas consecuencias para la salud de los internos, teníamos sin salir otras más inocentes y hasta ingenuas. Jugábamos tresillo o rocambor, veintiuna, siete y medio; en connivencia con algunos empleados que nos compraban leche y huevo preparábamos ponche que bebíamos a la hora del juego. El pisco lo comprábamos nosotros mismos; pero jamás abusamos de estas bebidas. A veces organizamos bailes. ¡Y qué bailes! entre nosotros mismos, sin niñas, en el patio empedrado y sin un instrumento de música. Bailábamos bailes de figuras, lanceros y cuadrillas, al son de nuestros silbidos, y dirigidos y

silbados principalmente por Luis Torres Pinto. Por un corto tiempo pudimos arrendar una vez un mal piano.

No dejaban de dar algunos toques en lo pintoresco del cuadro del primer curso los profesores mismos. Casi en su totalidad eran universitarios alemanes recién contratados, muchos de ellos eminentes, como los doctores Federico Hansen, Federico Johow, Juan Stefens, Rodolfo Lenz.

Hansen, con su barba blanca de Zeus y su serenidad imperturbable, tenía una majestad olímpica. Parecía no importarle nada fuera del cumplimiento de su deber y de sus estudios. Cuando terminó el primer curso hubo mucho interés en Santiago, sobre todo en el Gobierno, por apreciar los resultados. El Ministro de Instrucción Pública señor Máximo del Campo asistió a presenciar algunos exámenes. En uno de ellos le tocó estar sentado al lado del doctor Hansen. El doctor no se preocupó en absoluto del Ministro que tenía a su derecha y no le dirigió la palabra. No era afectación en él esa actitud. Lo hacía naturalmente. Pero al señor del Campo, que era Ministro y hombre de mundo, lo desazonaba ese silencio. Para interrumpirlo le preguntó en forma muy amable: ¿Ha sacado muchos latinistas, doctor Hansen? El doctor podía haberle contestado que para alcanzar este buen éxito hacía falta que los jóvenes hubieran estudiado latín en los liceos, donde estaba suprimido desde hacía muchos años, u otra cosa parecida. Pero el doctor, sin entrar en ninguna explicación, le replicó, volviendo apenas la

cabeza, con una sencillez soberana:—Ninguno, señor Ministro. Las clases de Filología de Hansen eran interesantísima. Trabajó toda su vida en una Gramática Histórica de la Lengua Castellana, que es un monumento en la materia.

El doctor Lenz llevó a cabo investigaciones y publicaciones lengüísticas de verdadero valor científico. Otro tanto se puede decir de las exploraciones que realizó en el sur de nuestro país el doctor Steffens y que dieron lugar a importantes publicaciones geográficas sobre regiones de nuestro territorio desconocidas hasta entonces. Me he limitado a hablar de los profesores a cuyas clases asistía por estar comprendidas en mi curso.

Parece que el doctor Jorge Enrique Schneider era un investigador de mérito en materia de psicología y de ciencias naturales; pero le confiaron las clases de filosofía y pedagogía y solían notarse en ellas vacíos que trataba de disimular con artificios más o menos hábiles. Ponia particular empeño en adiestrarnos en detalles de disciplina externa: en cómo debían sentarse los niños, cómo debían indicar con el dedo levantado y el codo afirmado en el pupitre para que se les preguntara, cómo debían pararse bien cuadrados para responder. A fin de averiguar la verdad en un incidente que se había producido y cuyos detalles no recuerdo, —una de las contadas perturbaciones de aquel curso, —nos llamó a José Pinochet y a mí, ya de noche a una de las oficinas; encendió todas las luces de la lám-

para de gas, se colocó bajo ella de manera que quedaba en la sombra y nos puso por delante recibiendo de lleno la luz en la cara; así nos interrogó mirándonos con fijeza a través de sus lentes; José Pinochet y yo comprendimos en el acto que se trataba de un procedimiento psico-pedagógico para descubrirnos hasta el fondo del alma y debo confesar que nos reímos interiormente de tanta ingenuidad; por supuesto que el doctor no sacó nada de nosotros; el asunto no tenía por lo demás mayor importancia. Para darnos una impresión del respeto de que debían rodearse los exámenes se presentó una vez a presidir una comisión examinadora de frac y pantalón de fantasía. Esta extraña indumentaria nos pareció sólo una originalidad extravagante. ¡Qué esperanza que fuéramos a considerarla digna de imitación! Por otra parte, no se repitió.

Los profesores alemanes no deben haberse formado por lo general muy buen concepto de los discípulos criollos con quienes tenían que trabajar, algo indisciplinados y sin hábitos de laboriosidad. ¿Y qué dirían de la vetusta casona, de las piezas oscuras y estrechas, de bajas ventanas, y de las condiciones materiales en que tenían que hacer sus cursos, ellos que venían de las grandes universidades alemanas que se encontraban entonces en el apogeo de su fama de ser las mejores del mundo? Deben haberlas encontrado sórdidas y mezquinas; pero se fueron acostumbrando. Sólo uno de ellos no se aclimató, el profesor de Matemáticas von Lielenthal. Era de familia noble y, según sus alumnos,

un buen profesor. Se le veía con frecuencia en la alameda vecina paseando su nostalgia aristocrática y su arrogante figura vestido de levitá negra y sombrero de paja. Vestimenta para llamar la atención, aunque no era raro ver por ese tiempo en las calles de Santiago la noble, larga y austera silueta de don Manuel Antonio Matta, enfundada también en una levita negra, con las punta de la rosa de la corbata, igualmente negra, un poco al viento en romántico desgaire. y la cabeza coronada por la blancura de un amplio jipijapa.

El doctor von Lielenthal regresó pronto a su patria. Los demás profesores hicieron obra muy provechosa para nuestro país. Eran casi sin excepción verdaderos hombres de ciencia, laboriosos, sencillos y serios, despreocupados de todo reclamo periodístico, desprecia-dores de figuraciones mundanas, y consagrados por completo a sus estudios.

Había en el profesorado dos chilenos: don Domingo Amunátegui Solar, que nos hacía clases de Derecho Constitucional y don Enrique Nercasseaux y Morán, que tenía a su cargo algunos cursos de Castellano.

De mí sé decir que le debo mucho al Pedagógico. Había sido yo un liceano con no pocas distinciones y premios en mis estudios, pero mi educación propiamente dicha era algo deplorable: El ambiente y condiciones de los liceos de aquel tiempo no eran para obtener mejores resultados. En los años que llevaba de cursos universitarios había logrado también algunas distinciones, mas mi espíritu seguía tan desorbitado como an-

tes. En el Pedagógico aprendí a trabajar, a estudiar y empecé a sentir el seguro resorte de una disciplina interior.

• • •

Cuando Alejandro Venegas ingresó al Instituto Pedagógico era un adolescente de unos dieciocho a diecinueve años. Pertenecía a una honorable familia de Melipilla. Su padre, don José María, se dedicaba al comercio, actividades que Venegas tuvo siempre en gran estima. Venía del Instituto Nacional precedido del renombre de haber sido un aprovechado estudiante de Humanidades. Era de regular estatura, gordito, y esta su plenitud se acentuaba en la redondez de su cara morena. Resaltaban en ella unos ojitos negros, pequeños, vivísimos y llenos de inteligencia. Tenía la respuesta fácil, siempre oportuna, ya ingeniosa, ya burlesca y mordaz, ya cruda y rabelaisiana. Le gustaba lo que él llamaba copar a la gente, esto es, dejar con un recurso ingenioso sin tener qué decir a un contrincante o interlocutor. De manera que sus réplicas eran temidas.

Después del triunfo de la oposición en la guerra civil de 1891 no carecía de peligro andar por las calles de Santiago sin alguna insignia roja que era el distintivo adoptado por los opositores. Venegas figuraba en el número de los pocos gobiernistas o balmacedistas que había entre los alumnos del Pedagógico. Una de

esas tardes le dijo Venegas a un compañero pidiéndole una cinta roja: «Compañero, présteme ese desinfectante para poder salir». Al Director doctor Johow le llevaron el denuncia de lo que he referido en líneas anteriores sobre los ponches que tomábamos de noche, y, como era natural, creyó necesario hacernos las observaciones del caso, insistiendo en la absoluta inconveniencia de las bebidas alcohólicas.—«No, señor, le contestó Venegas, lo que tomamos nosotros no tiene nada de alcohol; es leche con huevo batido, bebida que se llama en Chile *candiel*, alimentos que necesitamos para compensar las deficiencias de la comida que se nos da». El doctor Johow prefirió retirarse sin proseguir sus observaciones.

II

En el Liceo de Chillán.—La Revista del «Sur».—Poesías de Venegas.—La Procesión de Corpus.—Quebrantos amorosos

A fines de 1892 terminaron los estudios del primer curso y fuimos casi todos graduados de profesores en las asignaturas que habíamos seguido. Doce de nosotros obtuvimos además el diploma de Profesores de Gimnasia. Venegas, a causa del fallecimiento de su padre ocurrido en diciembre de ese año, recibió su título en abril de 1893. Unos pocos de los recién egresados se quedaron en Santiago. Los más nos reparti-

mos por el país. Ibamos a implantar la reforma educacional recién decretada y a aplicar los nuevos métodos que ella requería. Conforme a una opinión muy aceptada éste ha sido uno de los cursos más eficientes que han salido del Pedagógico.

Venegas fué nombrado profesor de francés y primer inspector en el Liceo de Hombres de Valdivia, donde permaneció dos años. Aquí fué muy apreciado y llevó, según me lo decía después, una vida social grata y fácil.

A principios de 1895 el Rector del Liceo de Chillán, Luis Torres Pinto le ofreció clases de francés y castellano, y Venegas aceptó. Prefería huir de los halagos de Valdivia, que no le dejaban tiempo para estudiar y perfeccionarse como él quería.

A Chillán nos habíamos venido con el Rector recién mencionado, Maximiliano Salas Marchant, Enrique Sepúlveda Campos, Gregorio Bravo y yo. Formábamos el equipo más numeroso de nuevos profesores que trabajarían juntos en un mismo establecimiento y el Liceo de Chillán gozó durante algunos años de un merecido prestigio. Maximiliano Salas, uno de los más eminentes educadores que ha tenido Chile y espíritu de singular delicadeza, estuvo sólo un año con nosotros.

Venegas, poseía una cultura literaria de primer orden reforzada con una base filológica y científica poco común. Había estudiado griego, conocía el latín bastante bien, y poseía el italiano y el portugués, y, en-

tre los dialectos de la península española, el gallego y el catalán. Manifestaciones de esta preparación suya fueron algunas traducciones de los poetas italianos Lorenzo Stecchetti y Ana Vivanti, del poeta brasileño Gonçalvez Díaz, del gallego Edmundo de Pondal y de la célebre poesía catalana *Lo Pin de Fernan-* tor de H. Solaguren. Era un excelente profesor de la asignatura en que se había graduado; pero sus predilecciones lo llevaron a consagrarse al castellano. Muy útiles indicaciones saqué de nuestras frecuentes charlas sobre clásicos y escritores españoles y americanos en general.

Con la llegada de Venegas a Chillán nuestra amistad se selló de una manera definitiva ¡Qué de cosas hacíamos continuamente juntos! Fuera de las labores del Liceo trabajamos en la Sociedad de Instrucción Primaria. Para interrumpir la monotonía de la vida del pueblo organizábamos en casos bien señalados fiestas sociales, bailes, paseos campestres, comidas. ¡Qué gran compañero era en toda estas circunstancias Venegas!: activo, abnegado, infatigable y siempre de buen humor.

Estas mismas bellas cualidades de su carácter las mostraba Venegas en las excursiones que solíamos hacer durante las vacaciones de verano, a caballo a la cordillera, o a lugares del sur o a la costa, donde remábamos y nos bañábamos. Uno de esos veranos fuimos a Lota. Por la mañana para bañarnos nos dirigíamos a la vecina ensenada de Colcura en bote maneja-

do únicamente por nosotros dos. Las tardes las pasábamos en el hermoso parque de la localidad leyendo bajo la sombra de los árboles y con el inolvidable tapiz de un campo de flores o de césped por delante.

Otra vez veraneamos en Puerto Saavedra. Una tarde fuimos a visitar a la señora del Gobernador de Nueva Imperial don Matías Alarcón, amigo nuestro de Chillán, que pasaba una temporada en una casa de campo cercana al río, entre Puerto Saavedra y Moncul. Fuimos en un bote que no llevaba más remeros que nosotros mismos. ¡Qué hermoso día! ¡Qué bellas eran entonces las riberas del Imperial con los cerros que la acompañan totalmente cubiertos de bosques! La amplia cinta luminosa y plateada del río se deslizaba encajonada, entre dos cadenas de verdura. Tuvimos que remar contra la corriente durante más de una hora y llegamos tan fatigados que pocas veces me ha parecido tan deliciosa una bebida como el vaso de dulce agua fresca y harina, hulpo, que pronto nos brindara nuestra amiga. Después de buenos ratos muy agradables emprendimos el viaje de regreso más o menos a las seis de la tarde. Este es el caso de decir que no contábamos con la fresca. Era la hora de la subida de la marea y la resistencia que nos pusieron las aguas fué mucho mayor que a la venida. Largos instantes nos desesperábamos viendo la inutilidad de nuestros esfuerzos y que no avanzábamos. Temíamos quedarnos en el río toda la noche e ir a parar quién sabe a dónde. Tardamos en definitiva más de tres horas en hacer

el trayecto que antes hiciéramos en una. Llegamos a Puerto Saavedra deshechos, molidos y con el cuerpo como desarticulado.

Entre amigos Venegas, como Sócrates, no daba jamás señales de cansancio y no desdeñaba los placeres de una buena mesa. Nunca era él quien diera primero la señal de ser tarde y hora de retirarse. Al reloj lo llamaba en estos casos tirano y no le dispensaba el honor de una mirada.

Tenía gran afición Venegas a los juegos de palabras y a formar términos derivados que solían resultar bastante expresivos. Así cuando encontraba a algún amigo abatido por pequeñas contrariedades, para levantarle el ánimo con un terminacho cómico, que sus interlocutores solían no entender bien, preguntábale afectando gravedad por qué se hallaba tan penicaído. Y luego explicaba: decaído por la pena, quiero decir.

Leímos por entonces el excelente libro de Julio Payot sobre «La Educación de la Voluntad» y cuando yo me apartaba temprano de algún grupo de amigos decía Venegas que yo estaba o me iba pa yotizado.

Tuve con Eulogio Robles Rodríguez, hoy miembro de la Corte Suprema, una curiosa polémica sobre cuál debiera ser el nombre más adecuado para los habitantes de Chillán. Robles ejercía la profesión de abogado, compartíamos la amistad con Venegas y también las andanzas de la plena juventud, de la, como siempre, alegre, entera y, sin embargo, careciente juventud. Escribí un artículo impugnando el término de

«chillanejo» por feo, desapacible, desagradable al oído, de formación caprichosa, y por ser la terminación *ejo*, *eja*, significativa de desprecio. Proponía que en su lugar se dijera «chillanense». Robles, para encender una llamarada de discusión, salió a defender la forma tradicional y se presentó como campeón de «chillanejo». Con este motivo Venegas apuntó:—«Parece que según la opinión de Eulogio a los habitantes del vecino pueblecito de El Roble debiera llamárseles «roblejos».

Los neologismos de Venegas daban ocasión a regocijadas bromas entre la gente moza y pasaban a enriquecer su vocabulario.

No gastaba Venegas frecuentemente gran locuacidad en las reuniones de amigos. No escaseaban sí sus observaciones siempre oportunas y a menudo ingeniosas. Su complacencia la manifestaba en su actitud general, en la expresión de su fisonomía, y, sobre todo, en la luz risueña de sus pequeños ojitos negros. No era de los que creen que es menester pasarse hablando para expresarse. Tenía una rica vida interior y una gran emotividad: como tal vez le ocurre a todos los poseedores de estos dones, confiaba en la translucidez de los sentimientos. En un banquete que se le dió a don Germán Riesco con motivo de su candidatura presidencial a principios de 1901 pronuncié un discurso que tuvo la suerte de ser muy aplaudido. Recibí en el acto numerosas felicitaciones, pero ninguna como la de Venegas. Ocupaba Venegas un lugar distante del mío.

Después de mi discurso tomó su silla y vino a sentarse a mi lado. Sin decirme una palabra, sin estrecharme la mano, se quedó tranquilamente mirándome con tan profunda comprensión, con tan íntimo regocijo, que pocas veces he recibido congratulaciones que me hayan llegado más al alma.

Su comprensiva vida interior se manifestaba también en su simpatía por los animales. Era de ver esto sobre todo con los perros. A los canes que encontrábamos en nuestras deambulaciones despreocupadas se les aproximaba y los llamaba con chasquidos de los dedos y voz acariciadora, diciéndoles: «Señor perro, señor perro». Casi no había perro, por mal humorado que se mostrase que se le resistiera y no se dejara atraer por él. Los más acallaban sus ladridos y se le acercaban agachándose, moviendo la cola con alborozo y humillándose ante ese hombre que parecía quererlos y entenderlos tan bien.

En la campaña presidencial de 1896 Venegas y yo fuimos, como era de esperarlo, partidarios de la Alianza Liberal, o sea, de la candidatura de don Vicente Reyes. Nos indignaba, nos parecía una audacia que pudiera presentarse otro candidato. Invitados por un joven dirigente político amigo nuestro, Venegas y yo pronunciamos discursos una noche en un meeting aliancista en la plaza principal. Era una noche de llovizna y había poca gente; [pero qué discursos armar más revuelo! Por su contenido los animaba simplemente un liberalismo avanzado, nada revolucionario y es-

taban escritos en un tono más bien elevado con el entusiasmo propio de los veinte y tantos años. Eran exclusivamente doctrinarios. No atacábamos personalmente a nadie. Había en ellos sólo alusiones muy merecidas a los curas politiqueros. Aunque los teníamos escritos no pensamos en publicarlos para evitar mayores comentarios; pero esta precaución de nada nos valió. A los pocos días uno de nuestros compañeros a la hora de la comida en el hotel nos dice: «Oigan» y nos lee un discurso terrible en el que lo que menos se decía eran horrores de frailes y monjas. Venegas y yo le interrumpíamos a cada momento exclamando: «¡Qué bárbaro!, ¿quién será ese bárbaro?». No se admiren tanto nos dijo nuestro amigo, este discurso lo pronunció don Alejandro Venegas en la plaza de Chillán». Luego nos leyó el otro discurso que era por el estilo, agregando: «Y éste lo pronunció don Enrique Molina».

Por mi parte quedé helado. Nos habían falsificado totalmente nuestros discursos y de Chillán habían mandado a Santiago unas copias apócrifas, infames y burdas. De poco nos sirvió para desvanecer la primera mala impresión producida que publicáramos nuestros discursos auténticos en «La Ley» sin cambiar una tilde de cómo los habíamos pronunciado. ¡Qué iba a servir ante nuestros enemigos!, cuando un propio compañero del primer curso, profesor en el Liceo de Concepción, tuvo el desplante de decirme que él estaba convencido de que los primeros discursos eran los auténticos y que Venegas y yo, alarmados por el escándalo

que provocáramos, habíamos publicado los segundos que resultaban relativamente llenos de moderación. Algunos confunden la perspicacia con el pensar siempre mal: y así va el mundo.

En la Cámara de Diputados don Juan Agustín Barriga atacó e interpeló al Gobierno por este desacato inusitado y alarmante. Seguramente nos libramos de ser destituidos porque ocupaba a la sazón el Ministerio de Instrucción Pública un liberal de tanta entereza y de tan amplio criterio como don Gaspar Toro.

Por lo demás no faltaban oportunidades para que cierta prensa del lugar nos zahiriera. Recuerdo un artículo que terminaba más o menos con estas palabras: «Porque Molina Garmendia y Venegas creen que descenden del mono, sobre todo el tal Venegas». Aunque Armando Donoso en un cariñoso y cálido estudio que le he dedicado, y del que volveremos a ocuparnos más adelante, dice que Venegas era «feísimo», en realidad no merecía este superlativo, pero sí lo era lo suficiente para explicarse la broma del periodista.

* * *

Después de vencer no pocas dificultades y gastando mucha perseverancia, Enrique Sepúlveda Campos, logró publicar en 1897 la *Revista del Sur*. Aparecía todos los meses. Con su entusiasmo y sacrificando tiempo y dinero, Sepúlveda la mantuvo por más de un año. Esta revista significa un esfuerzo muy apreciable en las letras chilenas.

En ella colaboramos, fuera de Sepúlveda que era su alma y director, entre otros, Venegas, Manuel J. Ortiz, autor de «Pueblo Chico», Antonio Bórquez Solar, que entonces estaba de profesor en Los Angeles, y yo.

Venegas publicó casi exclusivamente poesías. He aquí dos de ellas:

A UN CANARIO DOCIL

¡Dichoso siervol, un alcázar
Es la prisión que te encierra,
Y un ángel de negros ojos
Es tu linda carcelera.

Esclavos eran tus padres
Y tú naciste entre rejas,
Mas cambió tu dulce dueño
En guirnaldas tus cadenas.

Dejas, si quieres, la jaula
y libre en el aire vuelas
Pero nunca de su lado
Desamorado te alejas.

El solo vínculo firme
Que a tu cárcel te sujeta
Es el cariño acendrado
Que a tu señora profesas.

¡Dichoso tú! con tu canto
Melodioso la recreas
Y el corazón le enterneces
Con tus sentidas querellas.

De su dulce voz imitas
En tus trinos la cadencia;
De sus bellos ojos gozas
La mirada pura y tierna,
Espejo fiel que retrata
De su pecho la inocencia.

Canario, cuán feliz eres,
Cuando a su lado te llegas,
Cuando en su falda te posas
Y sus blancas manos besas.

Cuando tu plumaje de ámbar
Resalta en las ondas negras
Que sobre sus hombros caen
De su hermosa cabellera;

Cuando pidiéndote un beso
La dulce boca te acerca,
Y entreabre esos labios rojos
Que guardan preciadas perlas

.....

¡Ay! si un día, afortunado,
En su vista yo pudiera

Inspirar mis pobres rimas,
Como tú entonara endechas.

Cantara en versos sonoros
Su inmaculada belleza,
Y en nenias tristes, sentidas
Le contara yo mis penas.

RIMAS

A ella

Sublimi feriam sidera vertice.
HORACIO.—Libro I, oda I

Soy de Bécquer el arpa olvidada
Del salón en el ángulo vacía,
Aguardando una mano que inspirada
Arrancase a sus cuerdas la armonía.

Soy del Horeb la peña que una fuente
Ocultó en sus entrañas, de agua pura,
Hasta que por la vara del vidente
Sintió rasgada su corteza dura.

Soy el de Marta malogrado hermano,
Que allá en el fondo de la tumba fría
Esperaba el impulso soberano
De los labios del hijo de María.

Tú eres la mano virginal que pulsa
El arpa melodiosa del poeta;
Tú, la vara encantada del profeta
Que las rocas en linfas convirtió.
Tú eres el verbo divinal que puede
Reanimar la existencia ya extinguida,
La palabra de Cristo que a la vida
A Lázaro de nuevo despertó.

[Mujer idolatrada! si me amases
Arpegios te brindara y armonías,
Y de amor perennal encontrarías
Una fuente en mi humilde corazón;
Despertara del sueño que me abrumba
Y alzándome en las alas de la gloria,
Eternízase acaso tu memoria
En cantos de sublime inspiración!

No es del caso entrar a analizar estéticamente estas composiciones, que son de una sencillez admirable y denotan las predilecciones clásicas de su autor.

Esas poesías fueron el trasunto de un amor de Venegas por una distinguida niña de Chillán. Pero como el galán no tuvo esperanzas desde un principio, porque ella no era coqueta y, aunque agradeció el homenaje, no alentó las pretensiones, el idilio no pasó de admiración platónica.

Venegas gozaba de muchas simpatías en los círculos sociales y más de una bella chillaneja habría unido

su suerte a la suya muy gustosa, pero nuestro amigo no era hombre de casarse por casarse.

Una parte de la que podríamos llamar la primera obra literaria importante de Venegas está inspirada por un episodio amoroso que fué una gran desgracia en su vida. Me refiero a *La procesión de Corpus*, narración de fantasía evangélica, publicada bajo el pseudónimo de Luis del Valle en una colección de folletos de propaganda libertaria que Pedro Godoy daba a luz a principios de este siglo.

Aunque aparecida cuando Venegas estaba ya en Talca, la obrita se refiere por completo a vivencias del tiempo de Chillán. El autor asiste a una procesión de Corpus en la plaza Santo Domingo de esta última ciudad. La descripción de la festividad es excelente, es un modelo en su género. El autor, buscando un lugar de recogimiento íntimo, ha penetrado al templo dejado solitario y ahí, en la figura de un hombre pensativo y triste que ha huído también del bullicio externo del culto, se le aparece Jesús, a quien reconoce por sus palabras y porque ha ido tomando, poco a poco, los contornos luminosos del profeta inmortal. De los labios de Jesús brota, como lluvia de fuego, una crítica acerba de la sociedad actual, de la Iglesia, de la guerra, pero es crítica orientada por la ideología evangélica de un cristianismo primitivo y puro. No es más amarga que la que ya se encuentra, por ejemplo, en el *Elogio de la locura* de Erasmo, y en las obras de Voltaire y de Zola.

Conmovido por la elevación espiritual de su interlocutor Jesús le promete poner en sus manos la felicidad y aquél le abre su pecho entonces y le confiesa que ama a una mujer y que, «aunque ella también lo ama, no se cree debidamente correspondido y desearía inspirarle un afecto hondo, una pasión ardiente». Rechaza los ofrecimientos que le hace Jesús de la fortuna, del poder y del donaire físico, porque ella no es codiciosa, ni ambiciosa, ni frívola.

«Señor, agregó, no me des la hermosura del cuerpo, dame la del alma. Alumbra mi inteligencia, dame talento, purifica mi corazón, hazme virtuoso. Hazme justo, Señor, hazme sincero, dame el valor necesario para decir siempre la verdad, para hacer lo bueno, para defender al oprimido y para impugnar a los opresores.

«Comunicame, Señor, tu benevolencia para con todos, tu acendrado amor a los débiles, a los pobres, a los desgraciados. Fortaléceme para ahogar en mi pecho el egoísmo. Cuando el dolor me abata, ayúdame, Señor, para no caer en la abyección buscando en los vicios un consuelo. Aleja de mí el rencor; ennoblece mi alma para que pueda olvidar las ingratitudes y perdonar las ofensas.

«Abre, Señor, mi corazón a la belleza, quisiera contemplarla, sentirla, embriagarme en ella y tener el don de expresarla: hazme artista, Señor. Pintor, para trasladar al lienzo su rostro divino; músico, para conmover su corazón con celestiales melodías; poeta, para cantarle en armoniosos versos las penas del alma...»

Estas palabras recuerdan las elevadas lucubraciones de algunos diálogos de Platón.

Pero la tragedia acechaba al pobre enamorado.

«Una mano fatídica dice él mismo, comenzó a interponerse entre nosotros, tratando con maña infernal de infiltrar en su alma inocente ideas y sentimientos que hicieran imposible la armonía entre los dos». El dolor de Venegas fué inmenso. Cayó en la mayor desesperación. Buscó, «como un hombre sin carácter, un anestésico para sus nervios en el juego, en la orgía y la lujuria, y en todo, no encontró más que un alivio momentáneo, del cual caía en un abatimiento aun más lastimoso».

El suicidio llegó a parecerle el único bien que le quedaba.

En medio de estas negras circunstancias se le aparece de nuevo Jesús, esta vez en su alcoba, y lo amonesta por su debilidad. Como el autor se queja de que su mal proviene de haber amado mucho, Jesús le replica y la obra termina con el siguiente magnífico diálogo:

«Eso no basta, dice Jesús; ese amor es vulgar, egoísta y, por sí solo, no conduce más que a una felicidad efímera. Cuántos habrás visto que como tú han creído sentir pasiones sobrehumanas, han sufrido ansias y angustias indecibles, y, cuando han alcanzado el logro de sus deseos, han visto convertida en humo la dicha eterna que soñaron. Muchos de los millares de

matrimonios desgraciados que conoces fueron el fruto de amores como el tuyo.

«Amar así no es suficiente para obtener la felicidad: no basta amar a la que ha de ser compañera de la vida, a los hijos, a los padres, a los hermanos y parientes: nuestro afecto debe extenderse a los que nos rodean, a nuestro pueblo, a nuestro país, a nuestra raza, a la humanidad entera.

«El amor a la mujer y a la familia tiene todavía mucho de egoísmo; es uno de los primeros pasos en el progreso de nuestra especie, y nos es común con muchos animales de clases elevadas. Mientras más grande es el círculo que abarca el amor, es más altruista y proporciona mayor suma de felicidad».

—«Pero, Señor, le interrumpí, yo amo a todos.

—«Los amas con los labios; pero no es amor el que no se manifiesta en acciones. ¿Qué has hecho tú por tus semejantes? Preocupado solamente de ti mismo, cantando tus alegrías o lamentando tus pesares, ni siquiera te has dado el trabajo de tender tu mirada un poco más allá del barrio populoso y elegante, y no sabes que a unos pasos de esta casa hay centenares de desgraciados para quienes tus desventuras fueran descanso y alegría. Nunca has pensado en las injusticias humanas; tú mismo, ¿no eres uno de los privilegiados? ¿Sabes cuántos infelices mal alimentados y peor vestidos tienen que trabajar desde el alba hasta la noche, helándose de frío en el invierno y tostándose al sol en el verano, para

que tú vivas en la abundancia, vistas bien y mantengas tus vicios?

—«Yo quiero ser bueno; dirígeme, Señor».

—«Pues bien, despréndete de las mezquindades que te rodean, desprecia ese medio deleznable en que has vivido y baja al pueblo; conócelo; pon el oído en su corazón y el dedo en sus llagas, y después lánzate a luchar por él, convenciendo con la pluma y la palabra, y persuadiendo con tu ejemplo.

—«Y ¿qué podré hacer yo solo, Señor? ¿No me abrumarán los poderosos? ¿No se levantarán en mi contra los mismos por quienes voy a combatir?

—«¡Cobarde! ¡Así piensan los pusilánimes!».

—«¡Soy débil!; ¡ fortaléceme, Señor! ».

—«Si quieres ser feliz, si quieres elevarte como un cóndor, sobre las redes mezquinas que mantienen aherrado, cierra los ojos y sígueme. No repares en lo mucho o poco que podrás hacer, porque en verdad te digo que ninguno de tus sacrificios, ni el más mínimo de tus esfuerzos será perdido para la redención de la Humanidad. Y si te vieres solo y despreciado en la lobreguez de una cárcel o en el banco de un patíbulo, comprenderás entonces la dicha inenarrable que esclarece los últimos instantes de los mártires de una causa grande y noble.

«Cuando enclavado en una cruz por orden de los que se creían perjudicados por mi doctrina y befordos por los mismos iufelices que yo quería redimir, la fiebre de la agonía agolpaba la sangre en mi cerebro, no vi

en el delirio supremo de la muerte los espectros y fantasmas que horrorizan al vulgo de los hombres; pues ante mi vista se desplegó el cuadro espléndido de la realización de mis sueños más queridos: la Humanidad toda pasó delante de mí, sonriente, dichosa, sin odios, sin vicios, sin abyecciones, sin tiranías... Un solo sentimiento, el amor más desinteresado, y una sola aspiración, el progreso y el bienestar de la comunidad, los unían a todos. Entonces al ver en este dichoso extravío de mi mente realizada mi obra, fué cuando en el paroxismo de la felicidad exclamé: ¡Consumatum est!

«Sigue el camino que te he mostrado y serás feliz».

Dijo y desapareció aquella visión consoladora y sólo entonces, como si volviera de un éxtasis, vine a ver el espléndido rayo de sol primaveral que, entrando por la ventana, dibujaba sobre la alfombra una lámina de oro refulgente. Abrí los postigos y una oleada de aire fresco y perfumado me acarició el rostro. El cielo de un azul diáfano e intenso; los Andes, al frente, con una pureza de contornos admirables, la plaza llena de luz y alegría, con sus aromas que habían descogido al viento sus áureas guirnaldas, con sus olmos y fresnos, cuyas yemas hinchadas parecían próximas a abrirse, con su alfombra de césped tachonada de gotas de rocío diamantinas: todo se presentaba a mi vista extraordinariamente bello; en todo se manifestaba el aliento vital de la primavera... ¡Ay, y también en mi

corazón había desaparecido el invierno y sonreía la luz engendradora de las grandes esperanzas!»

Una de las cosas dignas de notarse en este bello final que, como dirían Schopenhauer y Nietzsche, fué escrito con sangre, es que él envuelve un programa, todo un superior programa humano, y que al escribirlo Venegas no hizo mera literatura. Se sometió a él y lo cumplió fervorosamente con su labor de educador en el Liceo de Talca y al escribir sus libros «Cartas a don Pedro Montt» y «Sinceridad».

Todo lo que dice el autor de «La Procesión de Corpus» de su infortunado amor son verdaderas páginas de autobiografía. El objeto de su amor era una niña encantadora que se casó poco después y vive aún. También vive todavía «la mano fatídica», la funesta dama enredosa que fué el principal obstáculo para la felicidad de Venegas.

Hemos visto que el pequeño libro que acabamos de analizar se desarrolla alrededor de una trama en parte fantástica, pero en conjunto sencilla y aceptable; en todas sus páginas campea una resuelta elevación moral, y se halla escrito en un estilo a la vez vigoroso, correcto y atildado. El día en que la literatura chilena tenga un alma se sentirá orgullosa de contar en su haber con una creación como «La Procesión de Corpus» de Alejandro Venegas.

III

En el Liceo de Talca. Estado de desorganización en que se hallaba.—Lucha por la reorganización. Valiosa cooperación de Venegas.—Sus condiciones de educador.—

Las charlas literarias semanales

Después de haber servido como profesor del Liceo de Concepción durante los años de 1903 y 1904, fui nombrado Rector del Liceo de Talca a principios de 1905. Le ofrecí a Venegas que se fuera conmigo en calidad de Vice-Rector y profesor de Castellano. Se excusó primeramente alegando que tal vez no me serviría un Vice-Rector tan retraído como él iría a ser. Pensaba en la herida de su reciente quebranto sentimental. Logré desvanecer sus escrúpulos y aceptó. Pocas veces Rector alguno habrá tenido un Vice-Rector, un colaborador y amigo como el que tuvo en Alejandro Venegas el autor de estos recuerdos.

El Liceo de Talca había llegado a un estado de desorganización y decadencia extremas. Su Rector, don Gonzalo Cruz, antiguo profesor, autor de un texto de Geografía que había sido muy útil, hombre de probidad y rectitud reconocidas, pero sin criterio y de carácter raro, que irrumpía a menudo en violencias cómicas, no era un timón adecuado para la indisciplina, sino que, al contrario, sin quererlo, la estimulaba. Registrando, recién llegado, el archivo de la rectoría encontré una nota en que el Intendente de la provincia

le hacía saber al señor Cruz que un profesor del Liceo había ido a quejarse a la Intendencia de que el Rector no lo hubiera tratado «como un caballero» y le pedía informe sobre el particular. En su oficio de respuesta el Rector le decía textualmente: «Ignoraba, señor Intendente, que el señor N. N. perteneciera a una orden de caballería y aun que alguna de estas órdenes subsistieran en nuestros días». Después de tal cortina de humo el informe pedido pasaba a segundo término. A un señor que entrara a su oficina sin hacerse anunciar, le preguntó el señor Cruz:—¿Por dónde ha entrado Ud?—Por la puerta, señor, le contestó naturalmente el interrogado.—No señor, le repuso el Rector, Ud. ha entrado por la ventana y mándese cambiar.

Fuera de unos cuantos profesores y empleados competentes, los más, entre los cuales había algunos señores muy honorables de la localidad, carecían de la preparación necesaria y [para qué hablar! de la sagrada unción del educador. Mídase el interés por el estudio de uno de estos profesores: el de historia de los cursos superiores de Humanidades, interrogado por mí, manifestó no conocer ni de nombre la Historia de la Civilización de Seignobos. Y el libro estaba en la Biblioteca del Liceo. No cabe mayor penuria intelectual en un profesor de historia.

Entre los que por su eficiencia sobresalían debo recordar principalmente a don Darío Castro, profesor de idiomas de rara ilustración, a don Agustín García

B., profesor de ciencias naturales y al Inspector General señor Marcos A. Villarroel.

Las condiciones materiales del establecimiento no eran de las más propias para levantar el espíritu. Ocupaba un viejo caserón de un piso, chato, ruinoso, y por entonces sucio. Las salas oscuras; la luz apenas penetraba a ellas por unas ventanas bajas. Los bancos antiguos, enormes, incómodos y con sus cubiertas totalmente talladas de arabescos por las destructoras cortaplumas de los inquietos muchachos. En la sala de profesores, los sillones, con la piel descolorida y amarillenta, como animales viejos y enfermos echaban afuera por sus roturas su entraña de estopa. Todo dejaba una impresión de abandono, sordidez y tristeza.

En este ambiente los gérmenes de la mala disciplina se desarrollaban como microbios patógenos en un medio pestilencial. Castigos severísimos e inconsultos, a veces ridículos, no hacían más que aumentarla. Encontré a alumnos condenados a setenta, cien, y ciento cincuenta horas de detención y como no concluían nunca de cumplir sus penas concluían sí por creerse incapaces de redención. Pocos días antes de mi llegada el desorden subió de punto; estalló una gran sublevación, hubo muchos vidrios rotos, interrupción del tránsito en las calles vecinas al Liceo y gran susto de algunos profesores que debieron huir a sus casas para librarse de los golpes de los muchachos enardecidos. Fué menester recurrir a las armas de la fuerza.

pública para someter a los insurrectos y restablecer el orden.

Los alumnos me recibieron con bullicioso entusiasmo. Domingo Melfi, que me veía por primera vez, atravesó el patio de un extremo a otro vivándome. A todos les manifesté que les estaba muy agradecido, pero que si, como parecía, se hallaban contentos con mi llegada, la mejor prueba que podían darme de esa satisfacción, era ponerse a trabajar dentro del orden. Las detenciones en las tardes fueron suprimidas o reducidas a términos razonables. A los alumnos se les oía y aconsejaba. Se estableció un régimen de orden, pero comprensivo y afectuoso. Se comprobó una vez más que la primera norma pedagógica es educar amando. La educación hace suyo así lo que dice Bergson de la filosofía: que su método propio es penetrar en su objeto por medio de la simpatía. Venegas, que llegó a Talca unos pocos días después de mí, entró a secundarme inteligentemente. El compartía todas mis ideas y en realidad no hacíamos otra cosa que aplicar lo que habíamos practicado o pensado en los liceos donde estuviéramos antes. ¡Cuántos afectos anudados entonces con nuestros educandos han pasado a ser luego amistades perdurables en la vida! En la imposibilidad de mencionarlos a todos, ¿cómo no recordar, fuera de los que indicaré pronto con motivo de las charlas literarias, a Gustavo Jirón, a Manuel Bart, a Eliecer Mejías, a Ricardo Bascuñán, a Carlos H. Rojas?

Con la reorganización del Liceo algunos profesores

tuvieron que jubilar. Uno que otro con escasas horas de clases y poco tiempo de servicio fué dejado cesante. Y aquí empezaron amargas horas de prueba que, aunque después con menos sinsabores, duraron años. La tarea reorganizadora había venido a atacar intereses creados y preocupaciones tradicionales de la política local que hallaba muy de su agrado la anterior situación del Liceo, y empezó a haber mucha mar de fondo en contra de nosotros.

Una mañana que estaba en la puerta de mi oficina a la salida de clases se me acercó el simpático e inteligente Luis Caviedes, joven profesor de francés recién llegado, y me dijo:—«Parece que las cosas se complican», dando a entender que iban en camino de llegar a mi retiro del Liceo y a que todo lo que estábamos haciendo fuera destruído.—«No, le contesté, no hay cuidado»; pero en realidad las cosas se complicaban, más no hasta el grado de hacer zozobrar la nave. Contábamos con el apoyo seguro del Consejo de Instrucción Pública, lo que no obstaba a que el ambiente para nosotros dentro de Talca fuera asfixiante. Nos sentíamos como de guarnición en una ciudad sitiada. Cuando después de un viaje a Santiago o a otra parte regresaba a Talca experimentaba al acercarme a la ciudad una angustia opresora al pecho, que no había conocido antes ni he vuelto a sufrir después. En medio de la lucha en que estábamos empeñados la masa de la sociedad se mantuvo en expectación y no fueron muchos los que se atrevieron a ponerse en un

principio al lado de los reorganizadores y del nuevo Liceo. Entre estos pocos valientes recuerdo con especial gratitud al doctor Francisco Hederra y a don Agustín Barros Merino que no temieron afrontar la especie de cuarentena que nos rodeaba y nos brindaron su amistad y su estímulo.

El editorial de casi todos los domingos del diario conservador local estaba dedicado a atacar al Rector o a criticar algo de lo que ocurría en el Liceo. Cuando la conferenciante española Belén de Sárraga estuvo por primera vez en Chile empezó su jira de propaganda por el sur; pero, como los soldados del general Pareja en tiempos de la reconquista, no se atrevió a pasar el Maule ni a hablar en Talca. Se quedó en Linares. Venegas y yo fuimos a oírla a este pueblo. Casi todo el asunto tratado por la propagandista, desarrollado con palabra fácil y ardorosa versó sobre las críticas a la Historia Sagrada que fueron un tema tan socorrido en el siglo XIX después de 1848. Venegas y yo habíamos partido de Talca en la tarde, una vez terminadas las clases y cerradas las oficinas. Regresamos esa misma noche y la mañana siguiente estábamos en nuestros puestos a la hora de costumbre. No habíamos dejado, pues, de atender en lo menor ninguna de nuestras obligaciones. Para ir a Linares habíamos empleado sólo algunas pocas horas libres de que disponíamos. Mas, no obstante, el diario conservador nos llenó en los días siguientes, a grandes títulos, de denuestos y vituperios por el delito de haber ido a es-

cuchar a la Belén de Sárraga. Y pensar que, para colmo de escarnio del respeto y del derecho atropellados, esa procaz hojita se llamaba «La Libertad». En fin, estos no son más que tristes recuerdos olvidados.

Nuestros ratos de solaz no eran muchos ni muy tranquilos. Leíamos por entonces «Los Héroes» de Carlyle, cuya exaltación del valor y de la sinceridad constituía un buen tónico para nuestros espíritus. Era muy frecuente que en los días festivos Venegas y yo nos paseáramos solitarios por los corredores del Liceo, silenciosos, abandonados del enjambre estudiantil. Casi todas las tardes solíamos también pasearnos por la alameda y llegábamos a veces, en los días más largos de la primavera y del verano hasta el río. En nuestras charlas tocábamos desde los asuntos literarios hasta las tribulaciones del día. Venegas no desmayaba jamás y su inteligencia a la vez clara y festiva ayudaba en forma inmejorable a sobrellevar y resolver las dificultades. En ningún momento lo ví perder su jovialidad, ni aun cuando su alma estuvo oprimida por grandes pesares íntimos.

Entre tanto nuestra obra empezaba a afianzarse y pretigiarse. Venegas en el vice-rectorado era un educador de corazón, severo y cariñoso a la vez, que sabía hacerse querer y respetar de sus discípulos. Como profesor lucía talento y una rica erudición. He aquí en qué forma lo juzga uno de sus mismos discípulos. Armando Donoso, en el estudio que hemos mencionao en líneas anteriores.

«Sus clases constituían el mejor y más amplio ejercicio intelectual: la vasta cultura de Venegas permítale instruir acabadamente a sus alumnos, relacionando los asuntos de sus lecciones con todos los conocimientos que podían suscitar un interés para la curiosidad juvenil. Y no se crea que su acción docente tocaba tan sólo a los deberes que le imponía su horario: nunca tuve la suerte de conocer a un profesor que sintiese con tanta elevación el valor nobilísimo de su misión de maestro. Haciendo una excepción singular entre el funcionarismo docente, fuera de sus clases seguía siendo el compañero amable de los muchachos, a quienes reunía en excursiones provechosas y a quienes congregaba en interesantes cenáculos. A poco de llegar al Liceo de Talca inició las que él llamó «charlas literarias», en las cuales todos dábamos a conocer los incipientes frutos de nuestras tempranas inclinaciones por las letras, y en las que él hacía leer hermosas páginas de escritores extranjeros. Fué así como, un día, sorprendió nuestras prematuras inquietudes, cuando aun no frecuentábamos otros poetas que Núñez de Arce, Campoamor y Andrade, con la revelación de las «Eglogas» de Marquina. Honda e inolvidable velada aquella, en que los versos de la «Canción de los golfos» y de «La avena fresca para el caballo»... sacudieron nuestra adolescente sensibilidad, sólo acostumbrada hasta entonces a las dulces quejas románticas o a los suspirillos melancólicos».

Las charlas a que hace referencia Donoso pasaron

pronto a ser públicas y tuvieron mucho éxito. Venegas las organizaba semana a semana. El maestro Juan Rafael Allende, músico inteligente y entusiasta, profesor de canto del establecimiento, corría con la parte correspondiente a su arte. Ahí escuchábamos a menudo a Domingo Melfi que declamaba poemas modernos con bien templada y grata voz y prestancia en la acción. Oímos declamar también al poeta Pedro Sienna, que fué corto tiempo inspector a mérito del Liceo. En verdad Sienna no inspeccionaba nada: había sido esta una manera de darle hospitalidad a un artista.

En estas charlas hicieron sus primeras armas en las letras, fuera de Domingo Melfi y Armando Donoso, recién nombrados, Mariano Latorre, Roberto Meza Fuentes, Ricardo Donoso, Ernesto Barros J. Con todos el amor a las letras ha venido a bruñir la amistad iniciada en las aulas.

IV

Cartas a don Pedro Montt.—Sinceridad.—Revuelo que levanta este libro y calvario de su autor.—Valorización de Alejandro Venegas

Aunque ideológicamente nos sentíamos sin duda en afinidad con los radicales, Venegas y yo estábamos de acuerdo en realizar nuestra labor fuera de toda política militante, fuera de logias y banderías; queríamos hacer obra de espíritus libres que, sin proselitismo al-

guno, persiguen como único fin el cultivo armónico de la personalidad de los educandos. No hay ni qué decir que esta actitud no excluía sino que implicaba el interés más vivo por los problemas que afectaban a nuestra nacionalidad y a los demás pueblos del continente y de la tierra. Por lo que a nuestro país se refería, Venegas quiso contribuir de inmediato al análisis de nuestra situación, que le inquietaba, y a la busca de los remedios más acertados para nuestros males. Tal fué el origen de sus libros *Carta a don Pedro Montt* y *Sinceridad*.

En primer lugar Venegas escribió sus libros con honradez profunda. No podía esperar de ellos ninguna ventaja material ni ascensos, promociones ni honores, como que ni uno ni otras obtuvo. Peor que esto: el segundo, fuera de algunas satisfacciones morales, no le trajo más que persecuciones y amarguras.

También fueron honrados, serios y amplios los estudios preliminares que hizo. Además, a fin de recibir impresiones directas, recorrió el país de norte a sur. El mismo lo dice: «así conocí la vida de losinquilinos en nuestros campos, visité las minas de Lota, Coronel y Curanilahue, para observar la de los que extraen el carbón, penetré al interior de la Araucanía, para conocer la situación de nuestros indígenas, recorrí las provincias de Coquimbo y Atacama para formarme concepto de la de nuestros legendarios mineros, y, por último, en Tarapacá y Antofagasta comí en una misma mesa y dormí bajo un mismo techo con los

trabajadores de las salitreras, para poder escribir con conciencia sobre sus necesidades y miserias (*).

Tras estas líneas escuetas, de sencillez espartana, hay un heroísmo impresionante. Venegas hacía estos viajes, que no eran de recreo sino de esfuerzo, en vacaciones, sin sustraerle un solo día al cumplimiento de sus obligaciones del Liceo. Los hacía por su propia cuenta, a costa del miserable sueldo que percibía. Tenía que viajar con pasaje de segunda o tercera clase y hasta en cubierta de los vapores.

Venegas poseía una fuerza de voluntad y una resistencia física poco comunes. Dormía cuando se lo proponía. Como ejercicio de carácter dejaba de fumar en una fecha fija que se propusiera y mantenía su abstinencia del cigarrillo por el tiempo que quería. Estaba preparado nuestro amigo para soportar las incómodidades de los malos alojamientos, la ruda comida de los trabajadores y las penurias de una travesía casi sobre duras tablas, sin el confort de una cabina. Pero estas penalidades se hicieron sentir más tarde en las perturbaciones de su salud. ¿Habrá habido algún personaje del escalafón administrativo capaz de semejantes sacrificios por amor a su país?

Pero como a la vez era todo un señor funcionario, Venegas tenía que guardar las apariencias. El Vicerector y profesor del Liceo de Talca no podía expo-

(*) De una página autobiográfica escrita por Venegas al optar al cargo de Secretario del Consejo de Instrucción Primaria en 1921, cargo que no obtuvo.

ner en estas andanzas su respetabilidad social. Venegas se disfrazaba y viajaba de incógnito. Se teñía de rubio la cabeza, el bigote, la barbita y con su tez morena resultaba un raro tipo de gringo, mezcla de inglés y de mogol. En esta facha solía, como un buhonero, vender él mismo sus propios libros.

En uno de los primeros días de marzo de 1910, de vuelta de vacaciones, lo mandé a llamar. Venegas me contestó que no podía venir a mi oficina y que fuera yo a la suya. Comprendí que algo raro ocurría y fui. Estaba medio a oscuras. Me acerqué a él y lo ví completamente rubio. No había logrado aún sacarse del cabello el tinte de su reciente excursión y se hallaba imposibilitado de salir a la luz. Nos reímos los dos de buena gana.

Entonces reíamos; pero después, ¡ah! evocando estos recuerdos, tantas mortificaciones y dolores: a menudo es para llorar.

Las cartas al Excelentísimo Señor don Pedro Montt sobre la crisis moral de Chile en sus relaciones con el problema económico de la conversión metálica aparecieron en 1909 y el autor firma con el seudónimo del Dr. J. Valdés Cange. Vienen precedidas de un prólogo de un señor Enrique Concha Huidobro que no puede ser otro que el mismo Venegas. En el prólogo se anuncian los propósitos del autor y se inicia la crítica social que va a ser la materia de la primera carta. Señala los peligros que amenazan a la sociedad y al Es-

tado y quiere que los chilenos despierten de la indolencia en que viven al respecto. «No vemos, dice, como va acumulándose a nuestro alrededor el combustible que puede el día menos pensado inflamarse y abrazar el edificio que hoy consideramos incontrastable». Es tendencia dominante del escrito un vivo interés por el pueblo, y volver a él y educarlo se indica como el principal remedio para los males de la colectividad. «Un pueblo envilecido por la miseria, dice, no se redime con unos puñados de oro lanzados a su rostro; se degrada más. El único remedio es una acción social vigorosa y perseverante para cambiar sus hábitos y elevar su nivel moral»... «es preciso que todos abramos los ojos, nos demos cuenta cabal del terreno que estamos pisando, y unamos nuestras voluntades y nuestros esfuerzos para cambiar los rumbos de las clases llamadas dirigentes, a fin de que todos volvamos al pueblo y le redimamos haciéndole partícipe de nuestra cultura, nuestras virtudes y nuestra felicidad». No ha sido otro en substancia en nuestros días el canto de guerra de los partidos avanzados.

En la primera carta se acentúa la crítica social. «Estamos tan perfectamente connaturalizados, con toda especie de vicios, expresa Venegas, que ya no sabemos si colocar a la moralidad en el departamento de la tontería o en el de la locura».

Y siguen los detalles del sombrío cuadro:

«En el afán de acumular riquezas nadie repara en medios, ni hay para qué reparar, puesto que la san-

ción social no existe, o más bien dicho, está lastimosamente invertida, porque el que gana ilícitamente una fortuna, no sólo no recibe censuras, sino que alcanza aplausos y lisonjas.

«Es la falta de valor moral el síntoma más alarmante de esta sociedad enferma; casi me atrevería a decir que más que un síntoma es la dolencia misma. En efecto, si se buscan las causas primeras de las prevaricaciones, los robos, los escándalos, las grandes caídas, la prostitución de familias de buen tono, encontramos como principal y casi siempre único origen la cobardía moral, en unos para afrontar dignamente las adversidades, en otros, para resignarse a la condición modesta que les cupo en suerte, y en los más para censurar los actos que repugnan a su conciencia».

Las censuras y admoniciones del autor suelen tomar tonos que recuerdan las graves palabras de los profetas antiguos. En otros momentos cambia de cuerda y, siguiendo a Larra, emplea la burla, la sátira y la ironía.

La crítica está hecha en términos generales, sin personalizar, y en no pocos de los puntos que toca sería aplicable a los años posteriores hasta la época actual.

En la segunda carta y en el post-scriptum que la sigue, llega el autor al fondo del problema que le preocupa. Tras un breve cuadro de nuestro primer desarrollo económico, obra de una pobreza honrada, estudia la tremenda crisis de 1877, las primeras emisiones de papel moneda, la caída en el billete inconvertible

y luego la serie de fracasos de las sucesivas leyes de conversión, fracasos provocados principalmente por los agricultores que se han beneficiado en más de una manera con la moneda de cotización baja. Es un estudio concienzudo, bien informado y hecho con examen de todas las leyes y situaciones que han intervenido en la materia. «La holgura económica de los dueños de campos de cultivo, dice, originada por el papel moneda depreciado, ha sido la fuente de todas nuestras calamidades». En esta tragedia, que ya es tragedia de medio siglo, presenta Venegas con relieves austeros y heroicos la gran figura del Presidente Balmaceda luchando contra los intereses egoístas y antipatrióticos que bullen a su alrededor en las esferas de los dirigentes. El ilustre mandatario se quita la vida al fin, vencido en la guerra civil de 1891 por terratenientes, banqueros y gente estólida, engañados por éstos y coludidos todos para perderlo, como el obstáculo más poderoso que se oponía a la conservación e incremento de sus granjerías y ventajas.

Enaltece asimismo la personalidad del Presidente Montt, a quien dirige sus cartas y en quien pone sus esperanzas de redención. Esta vez da también algunos nombres de los que considera los principales responsables y cómplices del movimiento anticonversionista.

Estalla en indignaciones sucesivas Venegas al anotar el descenso de nuestro pobre peso por la pendiente de la desvalorización: es la consecuencia necesaria de la escala de leyes de conversión que no se cumplen,

de la falta de honradez de los legisladores, dominados por los intereses de los poseedores del suelo y de los banqueros. Ya hemos renunciado para siempre a los pesos de 45, de 30, de 20 peniques. Son recuerdos de una edad casi mítica. Pero sigue bajando: ya no vale más que 15, 11, 7 peniques. Algunos se benefician con esto insolentemente y otros sufren las consecuencias que son el desaliento y la vida cara y difícil. ¿Qué diría nuestro amigo si lo viera como lo vemos nosotros, a 2, a 1?

Termina su carta con las siguientes palabras que son la substancia de su alegato:

«Resumiendo tenemos, Excelentísimo Señor, que la causa única de nuestra situación económica actual es el influjo que han tenido en la formación de nuestras leyes los mismos que han estado usufructuando de esa situación, principalmente los agricultores, que han constituido una verdadera oligarquía. Cada vez que se ha pensado en la vuelta al régimen metálico, se ha tropezado con su oposición, velada unas veces, franca otras, pero siempre tenaz. Ha bastado que el cambio se acercase al valor de la moneda fiduciaria, para que ellos hayan emprendido una campaña para hacerlo bajar, ya por medio de leyes que alejaran la conversión, o que aumentasen el circulante inconvertible, ya por la simple manifestación de que existía el propósito firme de no cumplir el compromiso que se tenía contraído con la nación.

«Hay en estos hechos dos puntos verdaderamente

asombrosos. Uno, que ya he tocado en otra ocasión, es el que haya podido obscurecerse tanto el sentido moral de nuestros hombres de la clase directora que, por el logro de mezquinos intereses personales, hayan manchado el prestigio de la patria, nos hayan tenido a punto de ir a una guerra desastrosa; hayan estado durante 30 años viviendo en la opulencia granjeada con la miseria del pueblo; y, por fin, no satisfechos con tanta expoliación, pretendan aún perpetuar un estado de cosas tan injusto como deshonoroso.

«El otro punto es que la nación, el pueblo, haya podido pasar tantos años sufriendo los vejámenes de sus directores, sin darse cuenta que lo explotan y engañan de una manera cruel y afrentosa.

«En un principio era explicable que ignorásemos quienes eran nuestros verdugos, porque aun quedaba pudor y los que delinquían ocultaban con un velo de patriotismo su delito; pero cuando ha caído ese velo, o se ha cambiado en una máscara grosera, ¿cómo seguir dudando todavía? ¡Cómo dudar, cuando vemos que con un descaro imprudente os increpan en la Cámara de Diputados, porque habéis llevado a feliz término las negociaciones del último empréstito, lo que ha hecho subir el cambio y perjudicado a los agricultores, que aun no han vendido sus cosechas! ¡Cómo dudar cuando así, sin disfraces ni perífrasis, los hacendados ricos rugen, porque no podrán vender sus trigos con el cambio a 7, como se lo habían soñado, aunque el pue-

blo, pobre y miserable, hubiera tenido que pagarlo a 15 ó 18 pesos la fanega!

«Tal vez me he extendido demasiado, Excelentísimo Señor, para probar que el origen de nuestros males está en esta oligarquía agricultora que se formó aprovechando su situación favorecida, en los mismos momentos en que el pueblo, su víctima de ahora, iba a derramar su sangre a los campos de batalla por la patria, por ellos, que en los días de angustia y de zozobras se enriquecían en el ocio».

Esta valiosa obra cayó poco menos que en el vacío. Escasamente se habló de ella y no se comentó en la prensa. El desesperado grito del doctor Valdés Cange no fué oído. Sin embargo, es un hecho que su espíritu obra en las actuales tendencias de izquierda.

Cualquiera que sea el ángulo de donde se mire el libro que hemos analizado no cabe negarle a su autor algunos méritos indiscutibles. En medio del caos económico en que hemos venido viviendo,—que ha conducido a unos a una resignación apática, a otros a ejercitar la listeza para aprovecharse de las circunstancias,—Venegas se dedicó a estudiar a fondo el problema con la mayor imparcialidad, sin ningún propósito de lucro, trabajó hasta formarse claras convicciones sobre él y tuvo el valor de publicarlas francamente, a fin de orientar la opinión por la senda en que divisaba la salvación del país.

Las demás cartas a don Pedro Montt, anunciadas en el libro, no se dieron a luz a causa de la muerte

del Presidente; pero el pensamiento de Venegas aparece completado en su próxima obra.

• • •

«Corría el año de mil novecientos diez y el país se preparaba para celebrar con todo boato y dignidad, dice Armando Donoso (*) el primer Centenario de la Independencia. Mientras se levantaban los arcos triunfales y se redactaban, en el recato de las bibliotecas, los grandes discursos conmemorativos; en los momentos en que toda la nación iba a vestir sus arreos de gala y sus mejores joyas para recibir a los hermanos de América, en el día del primer centenario de su vida independiente, un modesto profesor, ignorado en un tranquilo liceo provinciano, preparaba, tras largas vigili-
as, la obra que iba a constituir el más impercedero obsequio, en la hora misma de la fiesta».

Trabajaba el profesor hasta altas horas de la noche, o desde la mañana temprano, antes de que saliera el sol, para no desatender ninguna de sus ocupaciones diarias.

Sinceridad.—Chile íntimo en 1910, título de la nueva obra, escrita también en forma de cartas, dirigidas esta vez al Presidente electo don Ramón Barros Luco, no cayó en la indiferencia general como las Cartas a don Pedro Montt. Se trató sí de ahogarla en una conjuración del silencio; pero se

(*) Estudio citado.

desencadenó sobre ella y sobre su enigmático autor una tremenda tempestad sorda. El silencio pudo mantenerse así sólo en las publicaciones, mas no se hablaba de otra cosa. ¿Quién era este audaz doctor Valdés Cange? Escudriñando apasionadamente en los archivos, los férvidos buscadores llegaron a la conclusión de que el tal doctor no existía y el nombre era un seudónimo. Se buscó en él un anagrama y se dió con la buena pista. El autor no podía ser otro que Alejandro Venegas y debía haber escrito el libro en colaboración conmigo. Se sustentó esta falsa opinión, que se mantuvo por varios meses, en conocimiento de nuestra amistad, de nuestra constante cooperación en materias educacionales y en la idea de que una obra de tan vasta información habría requerido el trabajo de más de una persona.

En mayo de 1911 me fuí a Europa para cumplir una comisión de estudio que me confiara el Gobierno. En esta ocasión, con motivo de las manifestaciones de despedida que me hicieron, pude apreciar cuánto había cambiado la opinión talquina a favor del Liceo, desde ese momento contamos con un mayor círculo de amigos y los tuvimos muy buenos.

Pero la batalla alrededor de Sinceridad quedó librándose en todo su ardor. Al darle cuenta de mi partida al Consejo de Instrucción Pública le propuse en términos de elogio para las relevantes cualidades de educador y de buen administrador de Venegas, que se le nombrara rector suplente durante mi ausencia,

como le correspondía. Había ya mucha prevención en su contra y no se le nombró. Poco después recibió un consejero, creo que don Juan N. Espejo, una carta del doctor Valdés Cange, fechada desde Buenos Aires. Se trataba de afirmar así indirectamente la existencia del doctor en esta ciudad; pero el destinatario y sus allegados vieron en el hecho nada más que una atrevida jugarreta y creyeron todavía que yo había tomado parte en ella depositando la carta a mi pasada por la capital argentina. En esto último se equivocaron. Lo ocurrido era en verdad una travesura de Venegas, a las que solía ser aficionado; pero yo la ignoré. El se había servido de alguien en Buenos Aires para hacer llegar la carta a Chile, sin decirme ni pedirme nada a mí al respecto.

En Berlín me encontré con Julio Montebruno, quien me preguntó:—¿De dónde ha sacado Venegas esa cultura que revela? La pregunta fué hecha en forma destemplada, no disimulando su indignación por el desacato que veía en el libro, dando a entender que Venegas habría necesitado la ayuda de un colaborador y como estrechándome para que yo confesara mi complicidad en el desaguisado.

Sin hacer caso de tanta destemplanza le repuse con la mayor sencillez:

—El hecho es que esa cultura la tiene. Venegas ha estudiado mucho, ha viajado, ha recorrido el país recogiendo informaciones y ha escrito su obra enteramente solo.

Esta era toda la verdad. Yo había conocido los libros de Venegas, como cualquier individuo del público, después de impresos y publicados. Estaba, es claro, en el secreto de los trabajos que mi compañero llevaba a cabo, pero no intervenía en ellos de ninguna manera. Al proceder así no hacía otra cosa que aplicar en este caso lo que había sustentado tantas veces sobre el respeto a la libertad de pensar y de expresar el pensamiento.

Le pregunté, sí, alguna vez a Venegas por qué no publicaba sus libros con su nombre y no bajo seudónimo. Me contestó que procedía de esta suerte, no tanto por temor a perder sus empleos, como para asegurarles mayor difusión a sus ideas. Nadie repararía, pensaba, en un libro hijo de un modesto nombre, mientras que tendría la circulación asegurada lanzado bajo la autoridad de un doctor de apellidos conocidos y llamativos. Tal vez fué ésta una equivocación de nuestro amigo.

Durante mi permanencia en Europa hubo gran agitación en el Liceo de Talca. El nombramiento de Rector suplente, Sinceridad y ataques a Venegas eran los motivos. El Subsecretario de Instrucción Pública, señor Moisés Vargas, se trasladó a Talca para arreglar la situación y esclarecer el problema del libro fulminado. En esta oportunidad declaró Venegas sin vacilar, como era de esperarlo, ser el único autor de la obra y que yo no tenía la menor parte en ello. Recuerdo este detalle pensando ante todo en la importan-

cia que tiene para apreciar el carácter de Venegas, pero lleno principalmente mi ánimo por la impresión del calvario que sufriera el amigo.

—¿Qué contenía este libro provocador de tales iras?—Algunos chilenos, de conocidas familias de Santiago, que lo iban leyendo a bordo, en viaje a Europa, me expresaron: «Dice la Biblia y podría decir mucho más aún». Esta era la opinión de los chilenos que juzgaban fuera de Chile, con la amplitud y serenidad del océano por delante. Dentro del país el torbellino de las pasiones oscurecía y envenenaba el ambiente.

Me parece que Sinceridad ocupa un lugar único en la literatura chilena. Poco antes de 1890 aparecieron las Cartas de Severo Perpena, seudónimo de don José Francisco Vergara, pero son otra cosa. Según mis recuerdos, porque no he vuelto a leerlas, Perpena hace retratos y paralelos de los políticos de su tiempo; se burla un poco de ellos, y devela sus manejos e intrigas. Perpena escribe con amable ironía y estilo ameno. Sus cartas despertaron mucho interés y fueron muy leídas. Eran una especie de prolongación de las charlas y chismografía de los salones y clubs de Santiago y Valparaíso. Sin dejar de dolerse de lo mal que va la cosa pública, objeto principal de sus Cartas, Perpena no traza un cuadro de la situación general del país, como lo hará Venegas. El estilo de éste, sin carecer de amenidad, es más bien vigoroso, y esgrime con más frecuencia la sátira que la suave ironía.

En las *Cartas a don Pedro Montt*, Venegas ha señalado como sabemos, el origen de todos nuestros males en el papel moneda de curso forzoso. En *Sinceridad* persigue los efectos mórbidos de esta calamidad en todas las actividades públicas y privadas. Traza un cuadro objetivo y patético de la agricultura, de la minería, de las industrias fabriles, de la administración pública, de las municipalidades, de la corrupción política, electoral y legislativa, de la enseñanza oficial y privada, de la separación amenazante que existe entre las clases sociales y de las miserias del pueblo. El cuadro revela amplia información que no se ha escatimado esfuerzo para recoger.

No se hicieron críticas por escrito a *Sinceridad*. En el comentario roedor que corría de boca en boca; en los corrillos, en la sombra de las oficinas, se decía de su autor que era antipatriota, pesimista, y que había dado a la publicidad cosas y escándalos que debieran ser guardados en perpetuo silencio. Los afectados personalmente por el libro, aunque en él no se da ningún nombre, y los representantes de las instituciones afectadas, se arrebataron en contra del autor, lo declararon un individuo vitando y no pudieron reconocerle ninguno de sus positivos valores.

Contra lo que se acaba de afirmar, vemos en Venegas a través de *Sinceridad* un patriota optimista que concluye proponiendo las reformas que estima salvadoras. Vemos además en él un escritor de vena satí-

rica, cualidad que debe haber contribuído a concitar la irritación despertada a su alrededor.

El amor a Chile y a sus clases desvalidas y el constante ahinco por el mejoramiento de nuestras condiciones son sentimientos predominantes en las más de las páginas del libro. Por reacción fustiga a los que considera culpables, causantes, cómplices o aprovechadores del malestar general.

Ya en su vibrante Dedicatoria a la juventud manifiesta su confianza en los mejores tiempos que han de venir. «Pero no vayáis a creer, oh jóvenes, dice, que mi libro es la elegía del desaliento ¡no! tengo fe en las fuerzas vitales de nuestra raza joven, tengo fe en que hay muchos elementos dañados que pueden regenerarse, y, más que todo, tengo fe en vosotros que todavía no estáis corrompidos»... «Jóvenes, tengo fe en vosotros: por eso mi libro, al cuadro desgarrador de nuestra situación actual agrega el programa de las reformas que habrán de regenerar a nuestro país y llevarlo a un porvenir grandioso».

Su inquietud ante una ruptura inminente de la paz social y su preocupación de todo momento en favor del pueblo lo hacen dirigirse al futuro Presidente de la República en los términos siguientes:

«Pero es necesario abrir los ojos para remediar males que de un momento a otro pueden producir una catástrofe. Si vos pudiérais dejar por unos días los palacios y descender a los conventillos de las ciudades, a los ranchos de los inquilinos, a las viviendas de

los mineros o a los campamentos de las salitreras, vuestro corazón se enternecería y vuestro rostro se enrojecería al ver la vida inhumana que llevan las tres cuartas partes de vuestros conciudadanos» (*)... «Quisiera contar con el espacio suficiente para llevaros a la miserable habitación de un hombre del pueblo, y mostraros su vida con su mujer y sus hijos, tal como yo he tenido oportunidad de verla por motivo de mi profesión, y entonces comprenderíais lo grosero del sofisma con que se disculpan los magnates de su indolencia, cuando dicen que el obrero es desgraciado porque es vicioso, y os convenceríais de que en realidad es vicioso porque es desgraciado, porque, por más que trabaja, las necesidades no desalojan su cuarto humilde, porque necesita estímulo para sus nervios extenuados, porque necesita distracciones y no las encuentra honestas más que a un precio que él no puede pagar» (**).

El, Alejandro Venegas, ha descendido a los tugurios a que invita al Presidente electo, no por motivo de su profesión, como dice para mantener el incógnito en que se envuelve, sino por un imperativo de su corazón y de su civismo. Los conoce todos a lo largo de la República. La descripción que hace de las condiciones demográficas de Iquique y de la vida de los trabajadores de las salitreras es dantesca. ¿Qué decir de los infelices pescadores de Valparaíso? «No hay que alejarse mucho de los barrios elegantes. Basta dar

(*) «Sinceridad». P. 219.

(**) «Sinceridad». P. 221.

un paseo por el Camino de Cintura, o subir a la población que media entre el cerro de la Artillería y el Parque de Playa Ancha, donde viven los pescadores en casuchas de tablas, sin desagües, al lado de la quebrada en que se pudren en una agua verdosa los intestinos y demás despojos de los peces que no han conseguido vender y han puesto a secar al sol sobre las enramadas de sus albergues. Id, señor, y entonces os explicaréis el por qué de los estragos espantosos que anualmente causan allí las enfermedades infecciosas; id y sentiréis indignación contra los opulentos magnates, dueños de aquellas pocilgas, y contra las autoridades que las toleran» (*).

Loa Venegas el maravilloso buen clima de Chillán. De otra manera no se explica que la gente no muera fulminada por la pésima agua potable que ahí se bebe.

El hondo sentido de humanidad de nuestro amigo no permanece indiferente ante los sufrimientos de los araucanos, recorre la tierra de nuestras gestas primitivas y pinta con acentos doloridos los lanzamientos (**).

Las líneas y los casos citados son algunas muestras del espíritu que anima a nuestro autor. Su patriotismo se pone de manifiesto a cada instante. Hay una pequeña y bella narración en que este amor patrio se expresa en forma casi ingenua. En *Sobre cubierta* refiere Venegas episodios de un viaje de regreso de

(*) «Sinceridad». P. 165.

(**) «Sinceridad», págs. 171 y 172.

Panamá (*). Ha ocurrido un robo espectacular a bordo y con este motivo sus modestos compañeros de tercera clase y los empleados subalternos, mayordomos, camareros, pinches, afirman que debe venir algún chileno en el vapor. Sólo los chilenos son rateros tan hábiles y audaces. No hay nada igual en la costa del Pacífico. Venegas, que se hace pasar por español, sufre en el alma con este baldón que se echa sobre nuestros compatriotas. Pero luego recibe un alivio que lo reconforta. Un mayordomo habla de que viene de Europa un gran sabio chileno, un médico, director de un gran establecimiento en su país. Venegas oye complacido las alabanzas del mayordomo y observa con igual agrado la admiración con que los demás reciben sus palabras. Averiguando encuentra que se trata del doctor Germán Valenzuela Basterrica, Director de la Escuela Dental de Santiago, y siente el impulso de ir a darle un abrazo en señal de agradecimiento por el regocijo que a sus sentimientos patrióticos ha proporcionado. La primera parte del relato es un magnífico relieve de sabor picaresco, digno de las mejores narraciones del género de la época clásica. La última parte es un verdadero homenaje al doctor Valenzuela Basterrica por haber dado ocasión a que en esos momentos resonara con todo lustre el nombre de Chile.

—¿Cómo desconocer la elevación y pureza de alma que revela este episodio?

(*) «Por propias y extrañas tierras». P. 75.

En cuanto escritor satírico, Venegas hace uso frecuente del detalle típico. Algunos podrían censurarle que se detiene demasiado en hechos y cosas accidentales, pero son accidentes que él considera sintomáticos.

«Para vergüenza nuestra, exclama, los delegados extranjeros han tenido que imponerse de todas nuestras miserias: han tenido que ver a nuestros magnates convertidos en mayordomos, en contratistas de banquetes que el Estado pagó a precios superfabulosos; han tenido que saber que esos arcos ridículos que se construyeron en la Avenida de las Delicias fueron contratados por 90,000 pesos, y el negocio pasó de mano en mano hasta llegar a las del que los hizo, el cual sólo recibió 14,000 y todavía obtuvo una ganancia no despreciable» (*).

—¿Serían éstas de las menudencias en que el escritor no debiera detenerse o no debiera darlas a la publicidad? ¿Y qué pensar de la ignorancia y rutina de la mayor parte de nuestros grandes agricultores?

«De los 10,000 propietarios de fundos de más de 1,000 hectáreas que habrá en Chile, tal vez no hay cincuenta que tengan conocimientos de la ciencia agrícola, y tal vez no hay diez que hayan hecho estudios sistemáticos de agronomía (**).

«Casi se me ha caído la cara de vergüenza al ver, viniendo del sur, en plena provincia de Santiago, en terrenos llanos, sin un tronco, haciendo la siega a pura

(*) «Sinceridad», P. 8.

(**) » P. 15.

hoz, e chona, como se dice en Chile, ni más ni menos que, como por los grabados prehistóricos puede verse, se hacían en el antiguo Egipto 4.000 años antes de Jesucristo (*).

Carezco de las informaciones necesarias para juzgar si en la apreciación que hace Venegas de los agricultores habrá habido o no exageración injusta. Debo agregar, sí, que contra su costumbre de no dar nombres propios, alaba francamente los esfuerzos de don Salvador Izquierdo para el desarrollo de la arboricultura (**).

Carecemos de hábitos de higiene y de aseo. «En nuestro país la gente se baña muy poco, o no se baña; hemos heredado este mal hábito del pueblo español que, como buen cristiano, tuvo siempre a las abluciones como cosa de moros y de paganos (***)».

Muchas citas se podrían hacer todavía tomadas de páginas en que Venegas se refiere, con censuras generalmente rudas, a los políticos corrompidos, a los jueces venales, a los malos funcionarios administrativos, a los periodistas, al clero. Pero dejemos este trance amargo y que debe haberlo sido para su autor. «Haciendo caudal de todas sus observaciones, dice Armando Donoso, de sus pacientes estudios, de sus prolijas experiencias, escribió un libro amargo, acaso el más descarnado de cuantos se hayan concebido en América,

(*) «Sinceridad», P. 18.

(**) » P. 22.

(***) » P. 165.

sin olvidar la Mercurial Eclesiástica de Montalvo, el Manuscrito del Diablo de Lastarria, o Pueblo Enfermo de Arguedas. En medio de la cobardía colectiva significa un alto ejemplo de salud moral el valor de un hombre, de todo un hombre, que practica la autopsia de una sociedad movido por un incorruptible deseo de mejoramiento y de verdad» (*).

• • •

Para lograr este mejoramiento aborda su bien meditado plan de reformas. Es una nueva oportunidad para defenderse de que lo crean pesimista. «Acaso más de uno de los que lean estas cartas, dice, juzgará que soy pesimista, que todo lo miro a través de vidrios ahumados, y que no procedo patrióticamente al sacar a la luz pública cosas que, por lo mismo que son verdaderas, tendrán que proyectar una sombra de desprestigio sobre nuestros hombres y sobre nuestras instituciones. Estos reparos son muy naturales, particularmente en boca de los que están medrando protegidos por el desconcierto general (**).

«En lo tocante a falta de patriotismo que entraña el publicar nuestros defectos y los de nuestras instituciones, creo que es una paparrucha audaz inventada

(*) Alejandro Venegas, estudio preliminar de *Por propias y extrañas tierras*. P. 34.

(**) «Sinceridad», P. 242.

cabalmente por los que carecen de patriotismo y quieren seguir tranquilamente medrando a expensas de la prosperidad de la patria. Tales declamadores se me figuran microbios patógenos que tildasen de cruel con el paciente, al facultativo que sin miramientos les aplica el antiséptico (*).

«Podemos ser grandes de tantas maneras: Eduquemos a nuestro pueblo, hagamos de él un organismo sano, fuerte, valeroso en las lides del progreso; desarrollemos en él las cualidades y virtudes, hoy latentes, y mañana nuestra patria será un Edén, cumpliendo entonces las palabras del poeta, que hasta ahora han sido una ironía amarga» (**).

Venegas procede guiado por un buen criterio nacional. Nada de copias de modelos extranjeros que pueden no cuadrar a nuestra naturaleza. No es bolchevique o marxista ni aun socialista. No preconiza la lucha de clases, sino que al contrario la prevé, la teme y quiere evitarla. Su ideología es la de un avanzado liberalismo adaptado a las condiciones de nuestra idiosincrasia. «El ideal del gobernante, dice, debe ser conseguir la felicidad de su pueblo, y ésta no se alcanza sino libertando a todos los ciudadanos de la esclavitud económica en que le tienen las leyes que rigen a la sociedad, y de la esclavitud moral a que le tiene condenado la ignorancia» (***)... «Que os corresponda a

(*) «Sinceridad», P. 245.

(**) » P. 247.

(***) » P. 249.

vos, señor, la gloria de enmendar estos rumbos errados, y volviendo los ojos al pueblo, democratizar nuestras instituciones» (*).

Algunos de los proyectos de Venegas pueden parecer fantasías de un pensador de gabinete, extraño a determinada realidad, como por ejemplo, los que propone para el ejército y la armada, pero en general sus ideas se presentan como los de una inteligencia ponderada que se aleja de todo espíritu de sistema. Así quiere que el régimen democrático que preconiza esté encabezado por un Gobierno progresista y responsable. Si es presidencial, bueno; pero también podría ser parlamentario con tal de que se otorgara en este caso al Presidente de la República la facultad de disolver las Cámaras y apelar al pueblo cuando lo creyera necesario.

Casi no hay problema de interés público que no esté estudiado en este plan de reformas. Admira el caudal de observaciones y el esfuerzo de reflexión que esto supone.

Conviene intensificar la preparación científica de los agrónomos y combatir la desmedida extensión de la propiedad rural, expropiando los grandes fundos para dividirlos en fincas y entregarlos a los alumnos titulados en las escuelas agrícolas.

Hay que prevenir los peligros que se van a derivar para nuestro salitre del salitre sintético.

(*) «Sinceridad». P. 251.

«En Chile pueden vivir prósperamente cien millones de habitantes; todo lo que hagamos, pues, por poblar nuestras tierras es obra patriótica y de progreso; pero ha de entenderse que al atraer extranjeros a nuestras costas se ha de proceder con discreción para que vengan elementos productores y no simplemente explotadores, como ha estado pasando con la generalidad de la inmigración de los últimos 25 años: necesitamos industriales de verdad, necesitamos agricultores, y no intermediarios, buhoneros, lustrabotas, modistos, vendedores de churros o de turrón, y otras pestes que vienen a enriquecerse creándonos necesidades que tenemos» (*).

Para el progreso de la industria es de urgencia fomentar el estudio de la química industrial. Asimismo estimular la pesquería. «La gente pobre pasa, no semanas, sino meses y meses, sin probar un alimento que debiera ser cotidiano. La carne de pescado y los mariscos ocupan un lugar prominente entre los mejores alimentos, sobre todo para niños y adolescentes, por las sales fosfatadas que contienen (**). En relación con esta finalidad una de las medidas más aconsejables es la fundación de escuelas de pesca».

Un cuarto de siglo después de este clamor se fundó la de San Vicente.

Aunque parezca raro, Venegas no era partidario de la instrucción primaria obligatoria antes de que el país

(*) «Sinceridad». P. 270.

(**) » P. 276.

dispusiera de un suficiente número de maestros bien preparados capaces de implantarla en buenas condiciones. Temía poner tan noble y transcendental tarea en manos de aficionados que pudieran ser más o menos ganapanes.

Nuestro amigo, que ha estudiado con tanto empeño las cuestiones económicas y que poseía en verdad las cualidades esenciales de un hombre de acción, al ocuparse de la enseñanza secundaria, rechaza la tendencia práctica para los liceos y vuelve por los fueros de la cultura del espíritu. Recomienda la ampliación de los estudios de filosofía y la intensificación de la disciplina ética. Enaltece en grado sumo la importancia del castellano y pide que en los liceos de primera clase se den por lo menos nociones de las lenguas clásicas. En cuanto a los idiomas modernos, su enseñanza debe ir encaminada, no tanto a que los alumnos los hablen, fin que no se consigue y que en realidad no es primordial entre nosotros, como a que adquieran la aptitud de traducirlos bien.

La remuneración de los profesores de todos los grados como asimismo la de casi la totalidad de los empleados subalternos le parece a Venegas muy mezquina, contraria a la equidad e inconveniente para el buen servicio. La baja del cambio y la carestía de los artículos de consumo van haciendo la vida imposible. *Mutatis mutandis*, lo mismo que hoy. Refiere el caso de un vice-rector de un liceo de primera clase que, aprovechando la afluencia de cocineros al lu-

gar con motivo de una exposición industrial y comercial que se celebraba en él, quiso contratar uno de ellos para el establecimiento donde servía. De los seis cocineros a quienes habló cinco rechazaron sus proposiciones: todos estaban contentos con su situación y ganaban más que él. Maestros corrientes de cocina gozaban de emolumentos superiores a un maestro-administrador en jefe de un liceo de primera clase y educador de la juventud. Esto era cómico y desgarrador a la vez.

Pocos abogados han tenido los profesores y empleados modestos como Venegas, para defender sus derechos a una justa remuneración.

. . .

Los impugnadores del libro pasaron sobre las páginas constructivas que acabamos de recorrer y exasperaron su irritación insistiendo en lo que no se debía decir. Nadie afirmaba que esto no fuera verdad. No. Se trataba de verdades que debieran permanecer calladas. Asunto es este que merece alguna consideración: ¿Con qué derecho se le puede decir a un modesto escritor que silencie su verdad? El no tiene otra cosa. Cuando habla no lo hace como hombre de gobierno, como político, como alto dignatario que necesita ocultar a las masas algunos aspectos de la realidad o halagar determinados sectores de opinión. El no es diplomático en delicada misión ante un poder extranjero;

no tiene que pronunciar discursos de ceremonia para recibir embajadores ni oraciones discretas entre académicos oficiales. El modesto escritor no tiene otra manera de valorizarse a sí mismo que decir su verdad. Aquellos personajes se valorizan por sus títulos, sus honores, sus riquezas o sus grandes sueldos. El escritor no; él concentra su valor en el fruto honrado de sus estudios, observaciones y desvelos, que es su verdad. Ella es lo que más quiere, a través de ella quiere a su país y a los hombres. Hablando en términos algo aristotélicos, ella es la forma en potencia que realizándose hará la patria perfecta. Pero, ¿cómo realizarla si no se la proclama?

La condición de empleado de insignificante categoría no justifica, que se quisiera negar a Venegas el derecho de expresarse como puro escritor. ¡Y qué escritor!

Pocos libros me han llegado en los últimos tiempos tan a la entraña como *Sinceridad* en la segunda lectura que acabo de darle. Y no creo que ello se deba a la honda amistad que me ligara al autor ni a la evocación nostálgica de tantas cosas vividas en aquellos años. No. Es la actitud de aquel hombre que ahora he visto en toda su grandeza como no lo había visto antes. Sin compartir todas sus ideas, notando en ellas exageraciones, apasionamientos e intransigencias, no es posible dejar de reconocer que la pureza y el valor de su actitud son únicos. Parece poseído de un delirio dionisiaco para decir lo que estima la verdad, toda la

verdad. Nuevo Quijote, hidalgo de la pluma, arremete sin contemplaciones contra todo lo que se aparta de sus austeros valores. No halaga ni contemporiza con nadie; no trata de asegurarse ni el aplauso de la prensa ni la aprobación ni la protección de nadie. Aquellos a quienes sirve su corazón no podrán salir en su defensa. Podrá decirse lo que se quiera de la obra de Venegas, pero no cabe desconocerle su elevado propósito, la noble aspiración que lo animaba y que con su propia austeridad y sus sacrificios se había conquistado el derecho a ser severo. Y ¿cómo quejarnos de la crítica de un hombre cual Venegas cuando hemos vivido y vivimos abrumados por la crítica diaria más implacable hecha con móviles políticos? ¿Cómo no añorar más bien su actitud absolutamente desinteresada, su perfecta abnegación al servicio del país y de los principios que deben reglar las relaciones de los hombres? Venegas no escribió para medrar ni para alcanzar el poder. Convivió con el pueblo; comió en una misma mesa, y durmió bajo un mismo techo con los inquilinos de los campos sureños y con los trabajadores de las salitreras; sufrió las durezas de la cubierta de los vapores al lado de los pobres; pero no para pedirles su voto y encumbrarse con él, sino para servirlos, incógnitamente, como una invisible sombra del Evangelio, sorprenderles sus verdades y sus dolores, hacerlos suyos y exprimir de esta viña sombría el jugo agrio de su «sinceridad».

Escrito en el Liceo de Talca, oasis de tranquilidad en medio de un ambiente adverso, en un cuarto senci-

llo, que bien ha merecido los honores de celda de un anacoreta, el libro recién comentado, fuera de los valores ya hechos ver en él, es un documento de importancia fundamental para la vida de Chile en los primeros años del presente siglo.

* * *

Después de la visita de Moisés Vargas al Liceo, Venegas continuó en sus puestos de vice-rector y profesor. No se encontró motivo para separarlo; pero el profesorado quedó profundamente dividido y en su mayor parte movido de una fuerte animadversión en contra del escarnecido autor de *Sinceridad*. Esta situación apresuró mi regreso de Europa. A mi llegada encontré a Venegas, como siempre, tranquilo, risueño y jovial. Una vez en el Liceo llamé separadamente, uno a uno, a los profesores y les rogué por cuanta razón era aducible que depusieran sus resentimientos y sus prejuicios y se reconciliaran con el vice-rector. Obtuve muy poco en ese sentido; mas como los profesores sabían muy bien que yo amparaba plenamente a Venegas y que ellos, por otro lado, no tenían nada que temer de mí tampoco, volvió el establecimiento a un estado de tranquilidad no interrumpida.

Pero Venegas fué objeto aun de un nuevo ataque de fuera. A mediados de 1913 llamó la atención en el Senado don Gonzalo Bulnes sobre que en el Liceo de Talca había un vice-rector que era causante de des-

órdenes y profesor antipatriota. Le escribí inmediatamente al señor Bulnes, diciéndole que lo habían informado mal; que el vice-rector y profesor a quien se había referido en su discurso no era un elemento perturbador y antipatriota; que los desórdenes de que hiciera caudal habían pasado definitivamente y que el Liceo gozaba de perfecta calma desde hacía más de un año. Le rogaba que hiciera la rectificación del caso desde la misma tribuna de donde lanzara su inculpación, o sea en el Senado, agregándole que si esto no ocurría en el curso de una semana me vería obligado a hacer en los diarios de Santiago las publicaciones pertinentes.

Como era de esperarlo, don Gonzalo no cantó la palinodia y tuvo que aparecer mi rectificación en la prensa de la capital.

Fuí por esos días al Ministerio de Instrucción y Moisés Vargas, en tono de reproche, me observó:

—¿Cómo se ha atrevido, hombre, a desmentir a un senador por la prensa?

—¿Qué quería que hiciera?—le contesté. Si las autoridades superiores de la Instrucción Pública, que debieron y pudieron hacer la rectificación del caso no lo han hecho, he tenido que salir a hacerla yo. No puedo permitir que se ataque injustamente al establecimiento que dirijo ni a personas que trabajan conmigo en forma irreprochable».

En cambio don Domingo Amunátegui, Rector de la Universidad del Estado y jefe entonces de la edu-

cación secundaria, me dijo: —«Muy bien han estado sus publicaciones, Molina. Ha puesto las cosas en su lugar».

El incidente no pasó más adelante y Venegas no volvió a ser molestado. Pero poco después de un año mi amigo me manifestó que se sentía cansado y enfermo, y que los médicos le habían recomendado la suspensión de todo trabajo intelectual. Por esto pensaba retirarse del servicio. Le rogué que tomara un descanso temporal y continuara siempre trabajando conmigo. Pero insistió y obtuvo su jubilación a mediados de 1915 con una mísera pensión de 300 pesos mensuales.

Estableció en Santiago, en la calle de Gálvez un establo y lechería. Ahí fui a verlo más de una mañana y tomé a su lado leche al pie de la vaca.

Poco después realizó este negocio y se limitó a un pequeño almacén que había comprado en el vecino pueblo de Maipú, donde vivía con sus hermanas. Ahí acudían frecuentemente en peregrinación sus ex discípulos y amigos. Venía con frecuencia a Santiago; aquí solíamos encontrarnos, y más de una vez atizamos nuestros recuerdos y nos comunicamos recientes vivencias almorzando juntos.

Falleció mi amigo casi repentinamente en Santiago en marzo de 1922.

Armando Donoso ha reunido poco más tarde con cariñoso interés los escritos inéditos de Venegas y los ha dado a la publicidad bajo el título de *Por propias y por extrañas tierras*. Contiene vivi-

dos relatos de viaje a través de Bolivia, del Perú y por Panamá. Están llenos de atinadas observaciones y escritos, como todo lo de Venegas, en una prosa tersa y correcta. Donoso ha encabezado la obra póstuma del gran maestro chileno con el cálido y conceptuoso estudio biográfico y crítico que hemos citado más de una vez en estas páginas.

* * *

La querida memoria de la personalidad que hemos estudiado me trae al pensamiento ese mito de Platón en que las almas esperan en una llanura el destino que habrá de corresponderles dentro de los avatares a que las somete el filósofo en la vida de ultratumba. Así me imagino el alma de Venegas al borde del campo de la historia, esperando la envoltura definitiva que le ha de llegar de despertadora de inquietudes ciudadanas, de precursora y atalaya de los problemas sociales y políticos que han agitado a nuestro país en los últimos tiempos, de alma de gran patriota, eximio educador y escritor eminente.